



Los grandes mitos de nuestra civilización

Existen una serie de mitos en el imaginario individual y colectivo de nuestra civilización que contribuyen a perpetuar el actual sistema. La ciudadanía tiende a refugiarse en ideas como que la tecnología encontrará la forma de evitar el colapso, que las multinacionales vendrán en nuestro auxilio con sus patentes, que las energías renovables van a garantizar nuestra energía en el futuro o, incluso, que el crecimiento no sólo es necesario y deseable, sino también imparable.

El «Mito de la Modernidad», que sostiene un sistema civilizatorio blanco, patriarcal y burgués, creando una jerarquía no solo de personas privilegiadas, sino de formas de ser y estar en el mundo (Filigrana, 2018), sigue vigente.

Este Mito hasta hoy en día mantiene un círculo de retroalimentación que da lugar a nuestra crisis sistémica, a pesar de todas las señales que nos muestran que no podemos continuar así: ni consumiendo materiales y energía al ritmo al que lo hacemos, ni despreciando otras sociedades diferentes o más antiguas formas de organización social y económica, ni desde luego tampoco manteniendo la violencia del heteropatriarcado.

Un mito es una idea dotadora de sentido que puede legitimar, ocultar y/o tergiversar la realidad. Los mitos han estado presentes desde los albores de la humanidad para reforzar el sentido de ideas como la propiedad, la patria y el origen común a través de historias (o canciones), personajes (o dioses) y lugares en todas las culturas. Los mitos han servido a quienes los perpetuaban para fortalecer el sentido de la pertenencia, mediante unas creencias, y estrechar los lazos comunes, haciéndolos valer especialmente contra quienes no compartían esos mismos mitos y creencias.

A seguir, os exponemos los principales mitos relacionados con la crisis sistémica.

El mito del crecimiento económico

Crecimiento y desarrollo son dos conceptos que casi siempre vienen de la mano. El mito del crecimiento económico, o del crecimiento sin límite o ilimitado, es alimentado por la concepción de desarrollo que se maneja en el mundo occidental. Según la RAE, desarrollo es la *“evolución progresiva de una economía hacia mejores niveles de vida”*, lo que en la práctica de nuestra sociedad capitalista se traduce en ganancias económicas para una mejor calidad de vida individual y privada, sin preocuparse, por ejemplo, con el desarrollo a nivel colectivo o el mantenimiento de la biosfera.

El crecimiento económico en nuestro sistema capitalista es el objetivo absoluto del desarrollo y el mito está basado en la creencia de la oferta infinita de recursos naturales.

En este sentido, el ritmo y estilo de vida “desarrollada” de los países ricos está basado en la transformación de energía, materiales y espacios en cantidades cada vez mayores de bienes y servicios de consumo para aumentar sus niveles de bienestar.

El sistema económico considera «valor» a lo estrictamente monetario, sumando positivamente el valor mercantil de lo producido (beneficios obtenidos menos los costes invertidos) sin restar los deterioros asociados (costos ambientales, sociales, etc.). Es decir, al contabilizar solamente la dimensión creadora de valor económico, ignora los efectos negativos asociados a la producción (cuánto se ha «consumido» de los recursos



naturales y cuánto fue desechado a la naturaleza, cuántos suelos fértiles fueron destruidos, cuántas especies fueron extinguidas, etc.), relacionando el progreso de una sociedad a su capacidad de acceso a bienes y servicios (Herrero, 2011a).

Una aproximación que tiene en cuenta estas dimensiones la constituyen los “Servicios Ecosistémicos”. Se trata de un modo de cuantificar monetariamente el valor de un ecosistema funcional o la fertilidad de los suelos, por ejemplo. Es realmente difícil saber hasta qué punto los servicios que ofrece la naturaleza tienen un valor económico. Aproximadamente el 80% de las especies de plantas con flor son polinizadas por insectos y, como mínimo, dos terceras partes de los cultivos agrícolas del mundo dependen de la polinización, pues asegura la alimentación del ganado doméstico y de los seres humanos. Contabilizar económicamente servicios como la polinización no es más que una aproximación para apreciar su valor para el ser humano, aunque desconozcamos del todo el valor real. ¿Cuánto cuestan las especies de insectos que están desapareciendo en todo el planeta por el uso indiscriminado de pesticidas?

En general, en la medición del crecimiento económico de un país no son incorporados indicadores de la calidad de vida, la salud ambiental, el desarrollo cultural, la ampliación del tiempo de ocio, la cantidad, calidad y accesibilidad de las actividades artísticas disponibles, una alimentación equilibrada, la vida asociativa o la educación ambiental que puede ayudar a cambiar de perspectiva el panorama para las futuras generaciones. El crecimiento económico se mide estrictamente a través del Producto Interior Bruto (PIB), que es el valor de todos los bienes y servicios finales producidos en el país en un determinado periodo de tiempo y a precios de mercado.

El mito de que indicadores como este miden nuestro nivel de desarrollo y la calidad de vida es totalmente falso pues no considera factores que influyen decisivamente en la vida de las personas, su educación, seguridad y felicidad. Ni siquiera el precio que pagamos por las actividades productivas que son dañinas para el conjunto de personas y el medio ambiente, tiene en cuenta estos costes. El resultado es que se crece a costa de invisibilizar tanto el deterioro de los ecosistemas como los tiempos de trabajo necesarios para la reproducción social. Se oculta, o se obvia, a propósito que la explotación de recursos finitos de la naturaleza supone necesariamente su agotamiento, lo que hace inviable a medio/largo plazo el crecimiento que se pretende.

Además, el planteamiento carece de toda lógica pues, aunque constantemente se vende a través de la publicidad el ideal de un modo de vida occidental, la energía y materiales disponibles en el planeta no son suficientes para permitir extender este modo de vida de la población más rica al conjunto de la población mundial (donde se incluyen las clases medias de los países enriquecidos). Sería imposible exportar la «huella ecológica» (hablaremos más sobre esto a seguir) o el impacto ambiental que generan ciertos sectores a todo el conjunto de la sociedad.

El mito de la máquina

Según este mito, la mayor parte de los problemas sociales o medioambientales a los que se enfrenta la humanidad encontrará, antes o después, una respuesta técnica. Sin embargo, el mito de la máquina no tiene en cuenta que la tecnología es dependiente de la energía y de las materias primas- incluidos los costes en ciencia aplicada, maquinaria y mano de obra especializada, invertidos en desarrollarla- y que el agotamiento de éstas no puede suplirse con más tecnología.

Además, la mejora en la eficiencia a corto plazo, consecuencia del desarrollo tecnológico, no deriva en un menor consumo global de energía y recursos, sino más bien al contrario, a largo plazo genera un incremento importante de los mismos. Es lo que se conoce como «efecto rebote». Según Carpintero (2003), este efecto, por ejemplo, puede ser ilustrado con la generalización del plástico para envases (que ha sustituido al vidrio reutilizable y reciclaje) o la eficiencia de los motores de los automóviles. Aunque utilizan menos combustible por kilómetro recorrido y esto suponga un menor consumo de energía individual, en compensación se recorre más kilómetros e incluso aumenta el número de vehículos disponibles, en lugar de disminuir.

En la mayoría de los casos, el conocimiento científico aplicado que lleva a los avances tecnológicos no es neutral. Es decir, está al servicio del mercado, que es quien lo financia y decide sobre los objetivos y los medios de la investigación científica en función de sus propios intereses. Por ello, se investiga más en biotecnología que en agricultura ecológica o en fármacos contra la obesidad que en la solución contra la malaria, por ejemplo.



Mito del capitalismo verde

El capitalismo verde, o el «ecocapitalismo», sostiene que el crecimiento económico es compatible con la conservación de la naturaleza. Se fundamenta por un lado en la reducción del impacto ambiental de los procesos de producción a través del reciclaje, de la eficiencia energética y de las nuevas tecnologías. Por otro, se basa en el mercado como herramienta para reparar los problemas ambientales existentes, desde la concentración de gases invernadero en la atmósfera, hasta los daños a los ecosistemas. Para conseguir sus objetivos introduce los ciclos naturales de la vida en las dinámicas financieras y comerciales del mercado global. Para el capitalismo verde, la naturaleza no es más que un conjunto de objetos físicos que puede ser apropiado y valorizado como cualquier insumo (recurso o materia prima) del proceso de producción. Mercantiliza y privatiza la naturaleza y la convierte en «capital natural», es decir, los ecosistemas tienen un rendimiento ecológico y son proveedores de servicios.

Este mito va unido al mito de la máquina, pues según él la economía capitalista está en condiciones de introducir en su proceso avances tecnológicos que permitirían, entre otras cosas, reducir el componente energético en la ecuación de costos totales.

Algunos ejemplos de «economía verde» son los agrocombustibles, los transgénicos o el mercado de compra-venta de derechos de CO₂. En el caso de los agrocombustibles, como el biodiésel, aunque deberían reducir la emisión de gases de efecto invernadero lo que producen, a lo largo del proceso de producción, es más deforestación, incendios, riego intenso y un aumento en el uso de pesticidas. En lugar de reducir la emisión directa de gases, durante su ciclo de vida anulan o incrementan las emisiones. Aunque podrían ser una buena alternativa de producción de energía a escala local, generando un crecimiento económico en los países abastecedores de materias primas, terminan, por un lado, siendo controlados por la gran industria de los combustibles, generando más pobreza en el campo, y por otro, compiten por los recursos, y de manera desleal, poniendo en riesgo la soberanía alimentaria de muchas personas.

El mito de la desmaterialización de la economía

La desmaterialización de la economía significa la reducción de insumos (consumo de energía y recursos naturales) utilizados para la producción. Cuanto menor es la cantidad de insumos utilizados en la producción, mayor será la productividad y, por lo tanto, la eficiencia de la producción. Esto se puede hacer gracias al progreso tecnológico, mediante la mejora de la eficiencia en el uso de los recursos y la creación de riqueza económica, no vinculada al uso de materiales y energía.

Este mito es una aplicación práctica del mito de la máquina. Sin embargo, no tiene en cuenta que el crecimiento de la economía real es, por su base material, indisociable de la explotación y transformación de los recursos naturales y de su distribución y comercialización. Aunque principalmente en los países ricos se observa una estabilización e incluso un decrecimiento del consumo de recursos totales, no se considera la huella material de cada territorio (Infante, 2014).

El resultado de la “eficiencia” es fruto también de la «deslocalización», una práctica realizada por muchas empresas multinacionales que trasladan sus centros de producción y trabajo (o parte de ellos) a otros países donde, por ejemplo, el coste salarial es inferior y las condiciones del mercado son más favorables, aumentando su margen de beneficios.

Es decir, además de transferir a los países periféricos las fases de los procesos industriales más contaminantes e intensivas en el uso energético y de materiales -incluida la “gestión de los residuos”-, también se aprovechan la debilidad institucional y la dificultad para garantizar los derechos humanos en dichos países, aumentando las desigualdades sociales.



El mito de la igualdad

Tal como apunta Herrero (2011a), tradicionalmente, la distribución es subordinada al crecimiento de la producción. Según la economía neoclásica, para alcanzar el bienestar es necesario «crecer», evitando la incómoda cuestión del reparto. Según este mito, el mercado y/o el Estado pueden asegurar iguales oportunidades de acceso a los espacios, los recursos, las herramientas y las actividades generados por este crecimiento, eliminando toda discriminación, a la vez que facilita la libre elección de modos de vida. Algo parecido al ideal del sueño americano: la libertad que te permite ascender desde una tienda de perritos calientes a convertirte en un broker de las finanzas en Wall Street. Nada más lejos de la realidad.

Este mito no tiene en cuenta que los estándares de vida ideales son establecidos simbólicamente por una oligarquía dominante, según sus propios intereses, imponiendo, a nivel global, un modelo identitario superior que debe ser imitado y se desea imitar. En nombre de la igualdad de oportunidades se establecen estrategias de homogenización que buscan eliminar las diferencias socioculturales para legitimar, a nivel global, estructuras de poder y modos de relaciones. Quiere decir que las personas se igualan únicamente en el interior de unos compartimentos sociales estancos para mantener el consumo y las fuerzas productivas que mantienen el estado de las cosas actual (statu quo).

En la práctica, no todas las personas tienen los mismos derechos de acceso a los bienes y recursos de que dispone la sociedad en su conjunto. En nuestra sociedad, defendemos la igualdad de derechos entre personas, aunque raramente la pongamos en práctica, pero asumimos con naturalidad las diferencias en los derechos de propiedad algunos de ellos mantenidos a través de generaciones como capital nobiliario. El bienestar termina siendo una cuestión más bien vinculada a las políticas de distribución y de bienestar más que a un reparto igualitario per se. En cualquier caso, ni las políticas logran la igualdad, aunque la persigan, en todos los aspectos, ni nuestra percepción de la realidad logra asumir que sea así: creemos ser capaces de atribuir a una persona un nivel social, sencillamente por su apariencia.

Conclusiones

En resumen, los grandes mitos de nuestra civilización hace tiempo que se han derrumbado. El crecimiento económico no ha sido capaz de disminuir la barrera entre ricos y pobres, no ha acabado con las desigualdades sociales, la exclusión y la pobreza, sino que, al contrario, ha contribuido a aumentarlas.

Aparentemente, el individualismo y la sociedad de masas y consumo han dado lugar a sociedades donde el poder político poco o nada puede hacer contra los poderes fácticos que ejercen una gran influencia, basada en su capacidad de presión (por ejemplo la banca, los grandes capitales, la Iglesia, los medios de comunicación, etc.) que aunque no estén legitimados, ni busquen siempre la legitimidad para ejercer el poder, de facto (de hecho) lo ejercen pues su mera existencia les hace ser determinante. El resultado es que no hay ciudadanía activa, pues en la mayor parte de los casos considera que ni tiene poder, ni puede ejercerlo, dando paso a una gran crisis de valores comunitarios.

Desde el punto de vista ambiental, vemos cómo la supuesta capacidad infinita de los ecosistemas naturales ha sido también desmitificada. De ahí las políticas públicas verdes y las campañas de *greenwashing* (lavado verde) de las grandes marcas comerciales.

Hay una distancia evidente entre los planteamientos del discurso dominante acerca del crecimiento económico -incluyéndose el científico- y las necesidades reales de las comunidades humanas y de la naturaleza. A más complejidad es necesario un mayor consumo de energía. Por lo tanto, y visto que la disponibilidad energética está disminuyendo (a costa del aumento del precio), el nivel de complejidad de las sociedades humanas también se verá forzado a ser reducido.

La tecnología no conseguirá mantener nuestro modo de vida actual, estemos o no preparadas las personas para el cambio. Los combustibles fósiles han moldeado nuestra sociedad del crecimiento. De hecho, son la energía ideal para crecer y el sistema económico capitalista se alimenta de ellas también para perpetuarse. Sin embargo, los combustibles fósiles son cada vez más escasos.

La solución del futuro viene de las manos de las llamadas energías «renovables», provenientes de la naturaleza y aparentemente inagotables y de la tecnología necesaria para implantarlas a gran escala. Si bien continuas, estos sistemas energéticos en los que basan su esperanza los



discursos crecentistas son también limitados generando un impacto sobre el territorio (no solo hay que producir la energía a gran escala, también hay que disponibilizarla) y aunque las nuevas tecnologías favorezcan cada vez más el acceso a ellas entre ciertos sectores de la sociedad, un sistema económico basado en crecer, cuando actualmente se superan los niveles de consumo energético y de huella ecológica, no se puede sostener con una energía que venga del agua, del aire o del sol. Duplicar o triplicar el actual consumo de energía esta fuera de toda lógica, pues es necesario una gran cantidad de insumos que la naturaleza no es capaz de soportar y una gestión de los residuos tan eficaz que estamos a años luz de conseguir para todo el planeta.

La «economía verde» es una creación del sistema capitalista y de su lógica de mercado, que busca nuevos nichos para asegurar la continuidad el crecimiento económico y la acumulación de capital. Mantiene y perfecciona la relación de explotación y opresión que viene desarrollando desde sus inicios.



Los medios de comunicación y los poderes de la clase política, élites, mercado reproducen el discurso dominante y usan la sensibilidad ambiental en su propio beneficio sin enfrentar verdaderamente las realidades evidentes como el cambio global, perpetuando en el imaginario colectivo la ausencia de alternativas al modelo capitalista heteropatriarcal.

Pero otros modelos existen. Otras formas de organización social, basadas en valores e ideologías más adaptadas a las situaciones límites que ya empiezan a darse, modelos que afrontan la crisis como una oportunidad para transicionar hacia una sociedad más sostenible (o menos insostenible), justa y equitativa.